



Bolsillo Era

www.edicionesera.com.mx

ALEKSANDR PUSHKIN

MOZART Y SALIERI



**DON JUAN
O EL CONVIDADO DE PIEDRA**

Aproximaciones
de José Emilio Pacheco

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

MOZART Y SALIERI

Durante varios años de éxito ininterrumpido *Amadeus*, la obra de Peter Shaffer, ha actualizado la versión según la cual Antonio Salieri (1750-1825) dio muerte a Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). En una reciente biografía de *Mozart* Wolfgang Hildesheimer considera el envenenamiento una leyenda basada en la animosidad de Mozart contra el compositor italiano. Salieri, dice Hildesheimer, “fue un hombre útil y en extremo conciliador, serio en su actividad de músico y maestro. De todos modos, entre sus alumnos se cuentan Beethoven, Schubert y Liszt”.

Mozart (que sólo en broma empleó el “Amadeus” para firmarse “Wolfgangus Amadeus Mozartus” y prefirió siempre la forma francesa de su nombre, Amadé, a la alemana Gotlieb) murió de un paro cardíaco,* de acuerdo con las inves-

* Según investigaciones de la Universidad de Ámsterdam publicadas en *Anales de Medicina Interna* en agosto de 2009, Mozart murió de un fallo renal provocado por una faringitis estreptocócica [N. de E.].

tigaciones médicas de la década de 1960. Adolescente, padeció una fiebre reumática que debilitó su corazón. La enfermedad recurrió en 1791 y el tratamiento a base de sangrías acabó con su resistencia.

La verdad es que todo se vuelve más incierto y misterioso mientras más información se acumula, y la bibliografía sobre Mozart crece cada semana. Constanze Weber, su viuda, contó que en el lecho de muerte Mozart sospechaba que en efecto Salieri lo había envenenado. Al morir en 1825, Salieri confesó su crimen real o supuesto.

Pushkin leyó en un periódico vienés la confesión de Salieri, acompañada de la anécdota que le atribuye haber silbado el estreno de *Don Giovanni*. Su brevísima obra *Mozart y Salieri* estableció la leyenda al darle forma con la destreza de quien es el Mozart poético de la lengua rusa. Fue representada en 1832 y más tarde puesta en música por Rimski-Kórsakov. Stanislavski interpretó en 1916 el papel de Salieri. En 1947 fue la única incursión de José Revueltas como director escénico en el grupo de La Linterna Mágica. Su comprensión exige de nosotros los profanos en materias musicales algunas informaciones complementarias. En primer término, el

antecedente que lo es también de *Amadeus*: en julio de 1791 un personaje misterioso, vestido de luto, encarga a Mozart un réquiem. Mozart cree que es un enviado de la muerte y que él va a componer para sus propios funerales. El 30 de septiembre estrena *La flauta mágica*. Enseguida cae enfermo. Empeora rápidamente y muere el 5 de diciembre. Se desata una borrasca y sólo un perro asiste a sus exequias. El más grande músico de todos los tiempos es arrojado a la fosa común.

El *Réquiem* lleva el número 526 y final en el catálogo cronológico de sus obras publicado en 1862 por Ludwig von Köchel y revisado por Alfred Einstein entre 1937 y 1947. El catálogo se inicia con los minuetos compuestos por Mozart a los cuatro años y está urgido de actualización pues hay muchos descubrimientos posteriores a 1947. Del *Réquiem*, nada más el “Introitus” y el “Kyrie” son autógrafos. Su discípulo Franz Xaver Süssmayr terminó las piezas restantes con base en los bocetos e indicaciones que dejó Mozart, y compuso los últimos movimientos: el “Sanctus”, el “Benedictus”, el “Agnus Dei” y la “Comunión”.

Mozart murió sin conocer la verdad, pero la leyenda romántica del enlutado resultó un fias-

co: se trataba simplemente del mayordomo de Franz von Walsegg, un conde que pagaba en secreto a grandes compositores para componer las obras que más tarde estrenaba como si fueran propias.

Salieri, principal personaje tanto de Pushkin como de Shaffer, es una víctima o un villano, según la biografía de Mozart que se lea. Llegó a Viena en 1776. El emperador José II lo nombró maestro de capilla y fue hasta su muerte compositor de los Habsburgo. En 1787 el público vienés prefirió su ópera *Tarare* al *Don Giovanni*. Se dice que, en el doble infierno de las intrigas de corte y escenario, el mediocre y rencoroso Salieri encabezó la mafia italiana que hizo la vida imposible a los grandes músicos austriacos, a Mozart lo mismo que a Franz Joseph Haydn (1732-1809). En cambio los defensores del autor de *Armida* sostienen que Salieri fue un buen artista y un compañero exento de envidia y rivalidad. Un hecho indiscutible es que enseñó contrapunto a Ludwig van Beethoven (1770-1827). Beethoven le dedicó tres de sus sonatas para violín, agrupadas en el opus 12.

Otras menciones de Mozart y Salieri son las siguientes: según Pushkin, Christoph Willibald von Gluck (1714-1787) hizo renegar a Salieri de

cuanto había aprendido, porque en *Orfeo y Eurídice* (1762) Gluck sepultó la vieja ópera y la convirtió en el drama musical que hoy vemos y escuchamos. Niccoló Piccinni (1728-1800) ha tenido la suerte de Salieri, no la de Mozart, Haydn y Gluck. Pushkin alude al hecho de que la ópera de París encargó a Piccinni y a Gluck sendas obras en torno al mismo tema: *Ifigenia en Táuride*. Gluck hizo en 1779 la que musicólogos y aficionados suelen considerar su mejor ópera. En 1782 Piccinni compuso la *Ifigenia* que conmueve aquí a Salieri. El público parisiense se dividió en gluckistas y piccinnistas.

Por último, el disparador del desenlace en Pushkin es Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais (1732-1799) que en 1784 estrenó su comedia *Las bodas de Fígaro*. Lorenzo Da Ponte la adaptó a “*dramma per musica*” y sobre él Mozart compuso su extraordinario *Fígaro*. La ópera contribuyó a su ruina, pues, como había sucedido en Francia con la brillante comedia, *Fígaro* ofendió a la nobleza. Beaumarchais fue el primero en ridiculizar en sus narices a los que sólo iban al teatro para ver glorificada y adulada a su clase. Los nobles fueron justicieramente humillados por Beaumarchais, Da Ponte y Mozart en un acto que se ha visto como precursor de la Re-

volución francesa. Antes de ellos los pobres sólo aparecían en el teatro y en la ópera para ser motivo de escarnio y desprecio.

Los restos de Mozart se disiparon (el universo entero es su monumento, diría un epigramista griego). Así, no se pueden analizar como los cabellos que han demostrado que Napoleón fue envenenado en Santa Elena. Nunca sabremos si lo mató Salieri o si la ponzoña sólo es una metáfora de la envidia y la ruindad humanas. En todo caso, Pushkin y Shaffer prueban que acertó la célebre profecía de otro desdichado compositor que, como Salieri y Piccinni, no es hoy sino una nota al pie de la gloria inconmensurable de Mozart: al escuchar al niño prodigio el músico Hasse exclamó “*Questo ragazzo ci farà dimenticare tutti*”: “Este muchacho hará que nos olviden a todos”.

JEP

PERSONAJES

SALIERI

MOZART

VIOLINISTA CIEGO

ESCENA I

(Una habitación.)

SALIERI

Dicen que no hay justicia en esta tierra.
Tampoco la habrá en el cielo. Para mí
esto es tan natural como la escala.
He llegado a este mundo amando el arte.
En la infancia brotaban de mis ojos
lágrimas si escuchaba los acordes
del órgano en la iglesia centenaria.

Muy pronto abandoné las distracciones
y rechacé cuanto no fuera música
para entregarme todo a los sonidos.
Hallé muy arduos los primeros pasos,
fatigoso el camino y, sin embargo,
pude vencer zozobras, contratiempos.
Basé el arte sublime en el oficio.
Me hice artesano. Y entonces dócilmente
obedeció mi orden cada dedo,

perfecta afinación cobró mi oído.
Asesiné a la música y después
aprendí a disecarla como a un muerto.
Y cuando dominé por fin la técnica
ya pude fantasear, libre y seguro.

Me oculté a componer. No ambicionaba
la fama cruel ni recompensa alguna.
A menudo, en mi celda silenciosa,
sin comer ni dormir, compuse, ebrio
de inspiración y goce, para luego
quemar mis notas y serenamente
ver convertirse en humo las ideas
y los sonidos que de mí brotaron.

Y eso no es nada: cuando Gluck, el grande,
me reveló de golpe sus secretos
–fascinantes, profundos, misteriosos–,
manso y humilde renegué de todo
lo aprendido y amado: aquella música
que antes supuse la verdad divina.
Seguí a Gluck sin descanso, ciegamente,
como niño extraviado al que señalan
el camino del bien, y tesonero,
me esforcé hasta alcanzar mis ambiciones
en el arte sublime. Para entonces
la fama me sonrió, mis armonías
encontraron espíritus afines.

Gocé feliz el fruto de mi esfuerzo.
Mi gloria fue producto del trabajo.

No conocí jamás celos ni envidia.
Me alegró ver triunfar a mis amigos,
hermanos en el arte más hermoso.
No me dolí siquiera cuando, excelso,
Piccinni cautivó con sus acordes
a los salvajes bárbaros franceses.
Y vibré al escuchar por vez primera
de *Ifigenia* la música tristísima.
Nadie podrá llamarme bajo o ruin.
Nadie osaría decir: “Pobre Salieri,
es un vil envidioso despreciable,
una víbora abyecta, pisoteada,
que en bestial impotencia muerde el polvo”.

Y sin embargo debo confesar
que a partir de hoy envidio. Me desgarran
el tormento rabioso de la envidia.
Pido al cielo justicia. No hay derecho:
El don sublime, la sagrada llama
no son premio del rezo, la fatiga,
los sacrificios, el trabajo duro.
No es justo, no lo es, que el don, la llama
iluminen radiantes la cabeza
de un loco, un libertino...

¿Mozart, Mozart?

(*Entra MOZART.*)

MOZART

Qué lástima. Intentaba sorprenderte con otra de mis bromas.

SALIERI

¿Hace mucho que has entrado en mi cuarto?

MOZART

No, Salieri, acabo de llegar. Quería mostrarte una cosita, pero en el camino oí tocar en la taberna sórdida a un violinista ciego. Interpretaba *Voi che sapete*. Tú no te imaginas qué gracia me causó escuchar mi obra. No resistí: te traje al violinista... Pase usted, amigo. Tóquenos ahora algo de Mozart como sabe hacerlo.

(Entra el VIOLINISTA CIEGO y toca un aria de Don Giovanni.)

SALIERI

No le encuentro la gracia francamente.

MOZART

Salieri, es imposible no reírse.

SALIERI

Jamás me río cuando el pintorzuelo
de brocha gorda imita la divina
Madona rafaelista, o un poetastro
parodia al Dante... Lárguese usted, anciano.

MOZART

Espere, aún no se vaya. Le daré
para unas copas. Beba a mi salud.

(Sale el VIOLINISTA CIEGO.)

MOZART

Salieri, estás de malas hoy en día.
Mejor te digo adiós. Vuelvo mañana.

SALIERI

¿Qué me trajiste?

MOZART

Una bagatela.
Anoche no dormí. Se me ocurrieron
unas cuantas ideas y hace rato
las anoté. Se me antojó mostrártelas

para que opines; aunque en modo alguno
quiero ser un estorbo.

SALIERI

Mozart, Mozart,
siempre eres bienvenido. Toca, escucho.

MOZART

Yo, por ejemplo:

Un hombre enamorado,
enamorado quizá no: tan sólo
feliz con una niña y un amigo
—tú, por ejemplo—, cuando de repente
todo se altera, surgen las tinieblas
y la visión macabra. Escucha, escucha.

(MOZART se sienta al piano y toca.)

SALIERI

Es un prodigio. ¿Cómo tú, insensato,
pudiste entrar en la taberna inmunda
para escuchar a un pobre diablo? Ay, Mozart,
no eres digno de Mozart.

MOZART

Di, ¿te gusta?

SALIERI

Cuánta profundidad y qué elegancia
y audacia y armonía. Eres un dios
y no lo sabes, Mozart. Pero en cambio
yo sé qué eres un dios.

MOZART

Es muy probable.
No lo podría jurar porque tengo hambre.
Extraña cosa ser un dios hambriento.

SALIERI

Entonces, Mozart, déjame invitarte
a que cenemos en El León Dorado.

MOZART

Me parece muy bien. Voy a avisarle
a mi mujer que cenaré contigo.

(Sale MOZART.)

SALIERI

No puedo resistir a mi destino.
Fui el elegido para detenerlo.
Si no lo hago perderemos todos
los sacerdotes del excelso arte,
no sólo yo con mi pequeña fama.

Es preciso impedir que Mozart viva
y ascienda cada vez cumbres más altas.
No debe todo depender de Mozart.
En cuanto Mozart deje este planeta
la música sin él se vendrá abajo.
El genio no se compra ni se hereda.
Él es un ángel. Trajo sus canciones
y despertó en nosotros los terrestres
ansias inalcanzables. Es preciso
enviarlo de regreso a las alturas.

Aquí tengo el veneno. Don postrero
de mi amada Isidora. Cuántos años
lo he tenido conmigo. Muchas veces
he sofocado mi deseo de emplearlo
con los canallas que mi pobre vida
transformaron en llaga sin cauterio.
Hondamente me hieren las ofensas.
No soy ningún cobarde, y de la vida
muy poco espero ya. Cuando las ansias
de morirme sentí, me dije siempre:
“¿Matarme? ¿Para qué? Tal vez mañana
me dará la existencia una alegría
o una noche inspirada y deleitosa.
Tal vez surja otro Haydn y disfrute
de su perfecta música. O acaso
ofensas me caerán aún más hirientes,
si lo quiere el destino que es cruel siempre.
Entonces sí me servirá el veneno”.

Mi intuición salió cierta: ya he encontrado
al enemigo. Y ya un Haydn nuevo
llena mi alma de supremos goces.
Veneno, don de amor, llegó la hora:
voy a echarte en la copa del amigo.

(Telón.)